

VIRGINIA WOOLF
Entre actos

Lumen

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

Entre actos

Créditos

Aunque Virginia Woolf ya había dado por terminado el original de esta obra, a su muerte todavía no había sido sometido a la última revisión previa a su entrega a la imprenta.

Aun así, considero que Virginia no había hecho cambios grandes ni significativos, aunque probablemente sí muchas pequeñas ligeras correcciones.

LEONARD WOOLF

Era una noche de verano y, en la amplia estancia con ventanas que daban al jardín, hablaba acerca del pozo negro. El consejo del condado había prometido llevar agua al pueblo, pero no había cumplido.

La señora Haines, esposa del caballero terrateniente, una mujer que tenía cara de oca y unos ojos saltones, como si vieran algo que tragar en la acequia, dijo con afectación:

—¡Vaya tema de conversación en una noche como esta!

Entonces hubo un silencio; una vaca mugió, y esto dio pie a que la señora Haines comentara cuán raro era que, siendo niña, jamás hubiera temido a las vacas, solo a los caballos. Aunque había que tener en cuenta que, cuando era muy pequeña, todavía en el cochecito, un caballo de tiro había pasado a un dedo de su cara. Su familia, dijo la señora Haines al anciano que estaba sentado en un sillón, había residido cerca de Liskeard durante siglos. Las tumbas que había en el cementerio así demostraban.

Fuera, un pájaro gorjeó.

—¿Un ruiseñor? —preguntó la señora Haines.

No, los ruiseñores no llegaban tan al norte. Era un pájaro diurno que, animado por otro de sustancioso y succulento, por los gusanos y los caracoles y la arenilla, gorjeaba incluso dormido.

El anciano del sillón —el señor Oliver, funcionario de la administración pública de la India, y jubilado— dijo que el lugar elegido para ubicar el pozo negro se hallaba, si había oído bien, en una calzada romana. Desde un avión, añadió, se podían ver con toda claridad las huellas que habían dejado los británicos, los romanos, la casa solariega isabelina y el arado, cuando araron la colina para cultivar trigo en la época de las guerras napoleónicas.

—Pero usted no recuerda... —comenzó la señora Haines.

No, eso no lo recordaba, pero sí que... Y cuando el señor Oliver se disponía a contar lo que recordaba, se oyó un ruido en el exterior y entró Isa, la esposa de su hijo, luciendo trenzas en el pelo y un vestido largo de un desteñido color azul pavo real. Entró deslizándose como un cisne, se detuvo y observó: se mostró sorprendida de que allí hubiese gente, y las luces encendidas. Se disculpó diciendo que había estado velando a su niño, que se encontraba mal. ¿De qué estaban hablando?

—Intercambiando opiniones sobre el pozo negro —dijo el señor Oliver.

—¡Vaya tema de conversación en una noche como esta! —volvió a exclamar la señora Haines.

¿Y qué había dicho el señor Oliver acerca del pozo negro o sobre cualquier otra cosa?, se preguntó Isa, con la cabeza inclinada hacia el caballero terrateniente, Rupert Haines. Lo había visto en un juego de tómbola y en un partido de tenis. El señor Haines le había entregado una taza y una raqueta. Eso fue

todo. Pero en su cara devastada Isa había visto siempre misterio y, en su silencio, pasión. Lo había advertido en el partido de tenis, y en la tómbola. Y ahora por tercera vez, aunque con más fuerza volvió a sentirlo.

—Recuerdo —el anciano interrumpió— a mi madre...

De su madre recordaba que era muy corpulenta, guardaba cerrado con llave el bote del té; pero había dado, precisamente en esa misma estancia, un ejemplar de Byron. Hacía más de sesenta años, le dijo, que su madre le había dado las obras de Byron en esa misma estancia. Hizo una pausa.

—Camina ella en la belleza cual la noche —citó.

Y luego:

—Nunca más volveremos a remar a la luz de la luna.

Isa alzó la cabeza. Las palabras formaban dos aros, dos aros perfectos, que los hacían flotar, a ella y al señor Haines, como dos cisnes deslizándose río abajo. Pero el pecho de él, blanco como la nieve, estaba rodeado por una maraña de sucias lentejas de agua; también ella tenía membranas en los pies, como una mujer amarrada por su marido, el corredor de Bolsa. Sentada en el sillón rinconero, con las oscuras trenzas colgando, balanceaba todo su cuerpo como un almohadón enfundado en aquel vestido desteñado.

La señora Haines era consciente de la emoción que los envolvía a los dos, excluyéndola a ella. Esperó, como quien espera que se apague el último acorde del órgano antes de salir de la iglesia. En el automóvil, camino de la casa de campo roja rodeada de trigales, destruiría aquella emoción como un tordo destruye las alas de la mariposa a picotazos. Después de dejar pasar diez segundos, la señora Haines se levantó, permaneció quieta unos instantes; y después, como si hubiera escuchado el último acorde, ofreció la mano a la esposa de Giles Oliver.

Pero Isa, que hubiera debido levantarse cuando lo hizo la señora Haines, siguió sentada. Los ojos de la esposa de la señora Haines lanzaron llamas hacia ella, y como en un cloqueo, parecía decir: «Por favor, señora de Giles Oliver, tenga la bondad de advertir mi existencia...», de manera que Isa se vio forzada a hacerlo y finalmente se levantó con su desteñado vestido largo y sus trenzas colgándole sobre los hombros.

A la luz del amanecer de una mañana de verano, se veía que Pointz Hall era una casa de tamaño medio. No figuraba entre las casas que destacan las guías turísticas. Era demasiado hogareña. Pero era una casa blanquecina de tejado gris a la que habían añadido un ala en ángulo recto, aun situada con mucho poco acierto en la parte baja de la pradera con la fila de árboles en el margen superior, de manera que el humo ascendía retorciéndose hasta los nidos de las cornejas, despertaba el deseo de vivir en ella. Al pasar en automóvil ante la casa, la gente decía: «¿La pondrán en venta algún día?», y preguntaban al chófer: «¿Quién vive en esta casa?».

El chófer no lo sabía. Los Oliver, que habían comprado la casa hacía algo más de un siglo, no tenían

parentesco alguno con los Waring, los Elvey, los Mannering ni los Burnet; las familias de abolengo todas emparentadas unas con otras por matrimonio, y que en la muerte yacían entrelazadas, como las raíces de la hiedra, tras el muro del cementerio.

Los Oliver solo llevaban allí unos ciento veinte años. Sin embargo, al subir la escalera principal —había otra, una sencilla escalera al fondo, destinada a la servidumbre—, se veía un retrato. A mitad de la escalera, se veía un retazo de brocado amarillo; y, al llegar a lo alto, aparecían una empolvada cama menuda y un gran sombrero con perlas engarzadas; en cierto modo una antepasada. Las puertas de seis o siete dormitorios se abrían al corredor. El mayordomo había sido soldado; se había casado con una doncella de una dama; y, en una vitrina, había un reloj que había detenido una bala en Waterloo.

Era primera hora de la mañana. En la hierba había rocío. El reloj de la iglesia dio las ocho. La señora Swithin descorrió las cortinas de su dormitorio, las blancas cortinas de cretona que, desde fuera, matizaban tan agradablemente la ventana con su forro verde. De pie, con el cordón en sus viejas manos, daba tirones para abrir las cortinas: la hermana casada del viejo señor Oliver, ahora viuda. Siempre había deseado su propia casa; quizá en Kensington, quizá en Kew, para sacar provecho del huerto. Pero permaneció allí todo el verano y, cuando el invierno lloró en los cristales y atoró con las hojas muertas los desagües, la señora Swithin preguntó: «Bart, ¿por qué construyeron la casa en esta hondonada, mirando al norte?». Su hermano contestó: «Evidentemente para escapar a la naturaleza. ¿Acaso no sabes que, para arrastrar por el barro el coche familiar, hacía falta enganchar cuatro caballos?». Después su hermano le contó la famosa historia de aquel gran invierno del siglo xviii cuando durante un mes entero la nieve dejó aislada la casa. Y los árboles cayeron. Por eso, cuando llegaba el invierno, la señora Swithin se retiraba a Hastings.

Pero ahora era verano. Los pájaros la habían despertado. ¡Cómo cantaban! Atacando el alba como otros tantos niños de un coro atacan un pastel helado. Forzada a escuchar, había cogido su lectura favorita —un *Resumen de historia*—, y había pasado de tres a cinco horas pensando en bosques de rododendros en Piccadilly; cuando todo el continente estaba entero, y no, según ella, dividido por un canal; poblado, según entendía ella, de monstruos con cuerpo de elefante, cuello de foca, que jadeaban, embestían, se retorcían lentamente y, suponía, ladraban; el iguanadón, el mamut y el mastodonte, de los que cabe presumir, pensó mientras abría la ventana, descendemos.

Tardó cinco segundos de reloj, pero mucho más en su cabeza, en distinguir a Grace, con la porcelana azul en la bandeja, del monstruo con piel de cuero que, lanzando gruñidos, se disponía, en ese momento en que la puerta se abrió, a derribar un árbol en la verde y furiosa maleza del bosque antediluviano. Por supuesto, la señora Swithin se sobresaltó, mientras Grace dejaba la bandeja y decía: —Buenos días, señora.

«Está loca», se dijo Grace, sintiendo en la cara aquella mirada, dirigida en parte a una bestia de las tierras pantanosas, en parte a una doncella con vestido estampado y delantal blanco.

—¡Cómo cantan esos pájaros! —se aventuró a exclamar la señora Swithin.

Ahora la ventana estaba abierta; sin duda alguna los pájaros cantaban. Un solícito tordo avanzaba saltitos por la hierba, con un anillo de goma rosada retorcida en el pico. Tentada por aquella escena proseguir su reconstrucción del pasado, la señora Swithin recapacitó; era una mujer dada a ampliar los límites del presente volando al pasado o al futuro; o recorriendo pasillos y galerías laterales; pero entonces recordó a su madre, a su madre en ese mismísimo cuarto riñéndola. «Lucy, no te quedes a boquiabierta o terminarás cambiando la dirección del viento.» Cuántas veces su madre la había reñido en esa misma habitación, «pero en un mundo diferente», le había recordado su hermano. Se sentó a tomar el té de la mañana, igual que cualquier otra anciana con nariz grande, mejillas enjutas, un anillo en el dedo y los adornos habituales de una vejez un tanto tronada pero noble, entre los que se contaban en su caso, una reluciente cruz de oro en el pecho.

Las niñeras, después del desayuno, empujaban el cochecito de niño arriba y abajo por la terraza; mientras empujaban, hablaban —pero no se daban píldoras de información, ni se transmitían ideas entre sí, sino que sus lenguas daban vueltas y más vueltas a las palabras, como si fueran caramelos— y, al tiempo que avanzaban en su delgadez camino de la transparencia, despedían olor a rosa, a hierba y a dulzor. Aquella mañana ese dulzor era: «La cocinera le ha regañado por los espárragos. Cuando me ha llamado, le he dicho que era muy bonito aquel vestido, con la blusa que hacía juego»; y eso conducía a algo referente a un chico, mientras caminaban arriba y abajo por la terraza, dando vueltas a los caramelos con la lengua, empujando el cochecito.

Era una lástima que el constructor de Pointz Hall hubiera construido la casa en una hondonada cuando, detrás del jardín y del huerto, había aquella extensión de tierra alta. La naturaleza había ofrecido un lugar donde edificar una casa; y el hombre había construido la casa en una hondonada. La naturaleza había ofrecido una extensión de tierra cubierta de hierba, de una anchura de unos ochocientos metros y llana, hasta que bruscamente descendía hacia el estanque de los nenúfares. La terraza tenía la anchura suficiente para dar cabida a la sombra de uno de los grandes árboles tendido en el suelo. Allí se podía pasear arriba y abajo, arriba y abajo, bajo la sombra de los árboles. Crecían de dos en dos o de tres en tres, dejando huecos entre sí. Sus raíces asomaban entre la hierba, y entre aquellos huecos había verdes cascadas y almohadones de musgo, donde crecían las violetas en primavera, o, en verano, las orquídeas silvestres púrpura.

Amy contaba algo sobre un chico, cuando Mabel, con la mano en el cochecito, y después de haber tragado el caramelo, dio media vuelta bruscamente:

—Deja de hacer el tonto —dijo con sequedad—. Ven, George.

El niño de corta edad se había rezagado y jugaba en la hierba. Entonces la niña, Caro, sacó el puño del embozo, y el oso de peluche cayó al suelo. Amy tuvo que inclinarse. George arrancaba las hojas de una flor. La flor resplandecía entre los ángulos que formaban las raíces. Pétalo tras pétalo fu

cayendo. Resplandecía un suave amarillo, una luz radiante bajo una capa de terciopelo; llenaba de luz las cavernas situadas detrás de los ojos. Todas aquellas tinieblas interiores se transformaban en una estancia de luz amarilla, con olor a hojas y a tierra. El árbol estaba detrás de la flor; musgo, flores y árbol constituían un todo. De rodillas, el niño sostenía la flor. Entonces, un rugido, un ardiente aliento y un torrente de áspero pelo gris se interpusieron entre el niño y la flor. El niño se levantó de un salto perdiendo el equilibrio del susto, y vio avanzar hacia él un terrible monstruo, con trompa y sin ojos que movía las piernas y agitaba los brazos.

A través de una trompeta formada con un periódico, una voz hueca tronó, dirigiéndose al niño:
—Buenos días, caballero.

El anciano se había abalanzado sobre el niño, desde su escondrijo detrás de un árbol. Mabel empujó al niño hacia el anciano, ordenándole:

—Di buenos días, George. Di buenos días, abuelo.

Pero George se quedó boquiabierto. George se quedó quieto con la boca abierta. Entonces, el señor Oliver estrujó el periódico que antes había enrollado en forma de trompa y se dejó ver. Era un anciano muy alto, con ojos brillantes, mejillas surcadas de arrugas y sin un pelo en la cabeza. Se volvió.

—¡Siéntate! —aulló—. ¡Siéntate, bestia!

Y George se volvió hacia allí; y las niñeras se volvieron hacia allí, con el oso de peluche en la mano; todos miraban a Sohrab, el perro afgano, que saltaba y trotaba entre las flores.

—¡Siéntate! —aulló el anciano.

Y lo dijo como si diera la orden a un regimiento. A las niñeras les impresionaba que aquel viejale pudiera aún aullar de aquel modo y conseguir que el animal le obedeciera. Y el perro afgano acudió con la cabeza gacha, disculpándose. Y se sentó a los pies del viejo, que le pasó un cordel por el collar y el nudo corredizo que el viejo Oliver llevaba siempre consigo.

—Mala bestia... bestia salvaje —gruñó, encorvado.

George solo miraba al perro. Los flancos cubiertos de pelo se contraían y se dilataban, había un rastro de espuma en los orificios del morro. George se echó a llorar.

El viejo Oliver se irguió, hinchadas las venas, congestionadas las mejillas; estaba irritado. Su bronca con el periódico no había tenido éxito. El chico era un llorón. Asintió con la cabeza y echó a andar grandes zancadas, mientras alisaba el periódico arrugado y, buscando el punto en que había interrumpido la lectura, murmuraba:

—Un llorón... un llorón...

Pero el viento dobló el periódico; y en la zona alta del terreno el viejo Oliver contempló el paisaje: los anchos campos ondulados, los matorrales y el bosque. Enmarcado, conformaba un cuadro. Si hubiera sido pintor, habría plantado el caballete ahí, donde el paisaje, enrejado por los árboles, parecía un cuadro. Entonces el viento amainó.

El viejo Oliver encontró lo que buscaba en la columna del periódico:

—Monsieur Daladier ha conseguido dar estabilidad al franco...

La señora de Giles Oliver se pasó el peine por la densa mata de pelo que, después de una detenida meditación, había decidido no cortarse jamás, y levantó el pesado cepillo de plata repujada que habían regalado con motivo de su boda y que tenía la virtud de impresionar a las camareras de los hoteles. Lo levantó y se mantuvo quieta ante el espejo de tres hojas que le permitía ver tres diferentes versiones de su rostro de facciones un tanto grandes, pero hermoso; y también veía, más allá del cristal, una parte de la terraza, del prado y las copas de algunos árboles.

Dentro del cristal, en sus ojos, vio lo que había sentido aquella noche por el deteriorado, silencioso y romántico caballero. «Enamorada», se leía en sus ojos. Pero fuera, en la pileta, en el tocador, entre las cajas de plata y los cepillos de dientes estaba el otro amor, el amor por su marido, el corredor de Bolsa. «El padre de mis hijos», añadió, amparándose en el cliché que tan convenientemente ofrecía la literatura. El amor interior se reflejaba en los ojos; el amor externo, en el tocador. Pero ¿qué sentimiento era aquel que se le había despertado al ver, por encima del espejo, al aire libre, el cochecito que se acercaba, cruzando el prado, a las dos niñeras y a su hijo George rezagado?

Golpeó la ventana con su repujado cepillo para el pelo. Estaban demasiado lejos para oírla. El murmullo de los árboles sonaba en sus oídos; el canto de los pájaros; otros incidentes de la vida del jardín, invisibles e inaudibles para ella desde el dormitorio, absorbían su atención. Aislados en una isla verde, rodeada de blancas campanillas, cubierta con un manto de seda cruda, la inocente isleta flotaba bajo su ventana. Solo George iba rezagado.

Volvió la vista al espejo. «Enamorada» tenía que estar, pues la presencia del cuerpo de aquel hombre en la estancia, la noche anterior, la había afectado, pues las palabras que dijo, al ofrecerle una taza de té, al ofrecerle una raqueta de tenis, quedaron tan arraigadas en algún lugar de su ser; y a mediar entre ellos, como un alambre tembloroso, tenso, vibrante —a tientas buscó en las profundidades del espejo una palabra adecuada a las infinitamente rápidas vibraciones de la hélice del avión que una vez vio, al alba, en Croydon. Más deprisa, y más y más y más, zumbaba, silbaba y gemía hasta que todos los temblores formaron un solo temblar, y se alzó el avión, alejándose más y más y más...

—No sabemos hacia dónde, hacia dónde no vamos, tampoco sabemos si nos importa —murmuró—. Volando, cruzando la atmósfera incandescente, del verano saliente...

La palabra que rimaba era «paciente». Dejó el cepillo. Cogió el teléfono.

—Tres, cuatro, ocho, Pyecombe —dijo—. Soy la señora Oliver. ¿Qué pescado tienen esta mañana? ¿Bacalao? ¿Lubina? ¿Lenguado? ¿Platija? —murmuró—: Allá, para perder lo que aquí nos ata. —Y en voz alta, dijo—: Lenguado. Filetes de lenguado. Sí, para el almuerzo. —Siguió en un murmullo—. Con una pluma, una pluma azul volando en el aire asciende y, paciente, se esconde... hasta allá, pa

perder lo que aquí nos ata...

No valía la pena escribir esas palabras en el libro secreto con aspecto de libro de contabilidad, ni fuera que Giles comenzase a sospechar algo. «Frustrada», esa era la palabra que expresaba su manera de ser. Nunca salía de una tienda, por ejemplo, con la ropa que le gustaba; tampoco le gustaba la figura vista contra el oscuro rollo de tela en los escaparates de las tiendas. Ancha de cintura, con miembros recios, y, salvo en lo referente a su cabello, corto de acuerdo con la moda moderna, en nada se parecía a Safo, o a ninguno de los hermosos muchachos cuyas fotografías adornaban las páginas de los semanarios. Parecía lo que era: la hija de sir Richard; y la sobrina de las dos viejas señoras de Wimbledon que tan orgullosas estaban de ser O'Neil, de descender de los reyes de Irlanda.

Una atolondrada señora con deseos de agradar, parada ante lo que, en cierta ocasión, denominó «corazón de la casa», dijo una vez:

—Después de la cocina, la biblioteca es la estancia más agradable de la casa.

Luego, avanzando, añadió:

—Los libros son el espejo del alma.

En este caso, un alma marchita y manchada. Sí, dado que el tren tardaba más de tres horas en llegar a aquel remoto pueblo, en el mismísimo corazón de Inglaterra, nadie osaba emprender tan largo viaje sin evitar un posible ataque de hambre mental, sin comprar un libro en el quiosco. Así que el espejo que reflejaba el alma sublime, reflejaba también el alma aburrida. Nadie podía decir, al ver los libros baratos y emotivos que los visitantes de fin de semana se habían dejado, que el espejo reflejaba siempre las angustias de una reina ni el heroísmo del rey Enrique.

A esa hora temprana de una mañana de junio, la biblioteca estaba desierta. La señora de Giles Oliver tenía que pasar por la cocina. El señor Oliver todavía merodeaba por la terraza. Y la señora Swithin estaba por supuesto en la iglesia. La brisa leve y variable, pronosticada por el experto de meteorología, agitaba la cortina amarilla, arrojando luz, luego sombras. Se agrisaba el fuego, luego resplandecía, y la mariposa ortiguera golpeaba el cristal más bajo de la ventana, golpe, golpe y golpe repitiendo que si nunca, nunca, nunca, un ser humano entraba allí, los libros quedarían enmohecidos, el fuego apagado y la mariposa muerta en la ventana.

Anunciado por la impetuosidad del perro afgano, entró el anciano. Había leído el periódico, estaba soñoliento y se hundió en el sillón de cretona con el perro a sus pies, el afgano. Con el morro sobre las patas, alzaba la grupa, parecía un perro de piedra, el perro de un caballero cruzado, protegiendo incluso en el reino de la muerte, el sueño de su amo. Pero el amo no estaba muerto, solo soñando adormilado, se veía a sí mismo, reflejado en un cristal salpicado de brillos, joven y con casco, una cascada siempre manando. Pero sin agua; las colinas eran como tela gris con dobleces; y, en la arena, aros formados por costillas; un buey comido por los gusanos al sol; y, a la sombra de la peña, salvaje

y en su mano un rifle. Crispada estaba la mano soñada; la real reposaba en el brazo del sillón hinchadas las venas, pero ahora solo por un fluido parduzco.

Se abrió la puerta.

—Soy yo —se disculpó Isa—. ¿Molesto?

Claro que sí: destruía la juventud y la India. Pero él mismo tenía la culpa, ya que Isa se había empeñado en alargarle el hilo de la vida, tan delgado, tan lejano. En realidad, al verla afanada de un lado a otro de la habitación, él le agradecía que lo hiciera.

Muchos ancianos solo tenían su India: ancianos en clubes, ancianos alojados en habitaciones de los alrededores de Jermyn Street. Isa, con su vestido de rayas, daba continuidad al anciano, mientras él murmuraba ante las estanterías de la biblioteca: «El páramo está oscuro bajo al luna, rápidas nubes han bebido los últimos rayos pálidos...».

Se dio la vuelta y dijo en voz alta:

—He comprado pescado, aunque no puedo asegurar si es fresco o no. La ternera está muy cara y en esta casa todos estamos hartos del buey y del cordero... Sohrab —dijo, deteniéndose ante ellos— ¿Qué ha estado haciendo?

Nunca meneaba el rabo. Jamás había aceptado las ataduras de la vida doméstica. O se agachaba o mordía. Ahora sus fieros ojos amarillos miraron a Isa, miraron al anciano. Podía obligarlos a los dos a bajar la vista. Entonces, un recuerdo acudió a la mente de Oliver.

—Tu niño es un llorón —dijo con tono de desprecio y burla.

—Oh —suspiró Isa, atada al brazo de una silla, como un globo cautivo, sujeta por una miríada de lazos tan finos como el cabello a la vida doméstica—: ¿Qué ha pasado?

—He cogido un periódico —explicó Oliver—, así...

Cogió el periódico, lo enrolló y se lo puso en la nariz: «Así». Y, saliendo de detrás de un árbol, se había abalanzado hacia el niño.

—Y se ha puesto a llorar. Tu hijo es un cobarde.

Isa frunció el entrecejo. Su hijo no era un cobarde, no. Y ella odiaba lo casero, lo posesivo; lo maternal. Y él lo sabía y lo hacía deliberadamente, para irritarla, el viejo bruto, su suegro.

Apartó la vista. Y mientras su mirada recorría los lomos de los libros, citó aquella frase:

—La biblioteca es siempre la estancia más agradable de la casa.

«El espejo del alma» eran los libros. *The Faerie Queene* y *Crimea*, de Kinglake; Keats y *Sonata Kreutzer*. Allí estaban, reflejando. ¿Qué? ¿Qué remedio podía encontrar ella a su edad —la edad de un siglo, treinta y nueve años— en los libros! Temerosa de los libros, igual que el resto de su generación, también temerosa de las armas. Sin embargo, de la misma manera que la persona con dolor de muela en la farmacia, recorre con la vista los frascos verdes con leyendas doradas, pensando que quizá en uno encuentre su remedio, Isa pensó: Keats y Shelley; Yeats y Donne. O quizá no un poema; una vida. La vida de Garibaldi. La vida de lord Palmerston. O quizá no la vida de una persona; la de un condado.

The Antiquities of Durham, The Proceedings of the Archeological Society of Nottingham. O qui
dejarse de vidas y dedicarse a la ciencia: Eddington, Darwin o Jeans.

Nada de lo anterior le quitaba el dolor de muelas. Para su generación, el periódico era un libro como su suegro había terminado con el *Times*, Isa lo cogió y leyó: «Un caballo con la cola verde... lo cual era fantástico. Y a continuación: «La guardia de Whitehall...», lo cual era romántico, después, pronunciando palabra por palabra, leyó: «Los soldados dijeron a la muchacha que el caballo tenía la cola verde, pero la muchacha vio que se trataba de un caballo normal y corriente. A rastras, los soldados la llevaron a una habitación del cuartel y la arrojaron sobre una cama. Entonces, uno de los soldados la medio desvistió, y la muchacha chilló y le golpeó la cara...».

Esto era real; tan real que, en los paneles de caoba de la puerta, vio el arco de Whitehall; por el arco, vio la habitación del cuartel; en la habitación del cuartel, vio la cama, y en la cama, vio a la muchacha chillando y golpeando el rostro del soldado, momento en que la puerta (porque, en realidad era una puerta) se abrió y entró la señora Swithin con un martillo.

La señora Swithin avanzó furtivamente, como si, bajo el burdo calzado con el que trasteaba por el jardín, el suelo fuera líquido, y, sin dejar de avanzar, frunció los labios y sonrió, de soslayo, a su hermano. No intercambiaron ni una palabra, mientras la señora Swithin se dirigía hacia el armario situado en un rincón y volvía a guardar en él el martillo, que había cogido sin pedir permiso; junto con —abrió la mano— un puñado de clavos.

—Cindy, Cindy —gruñó su hermano cuando la señora Swithin cerraba la puerta del armario.

Lucy, su hermana, tenía tres años menos que él. El nombre Cindy, o Sindy, ya que de ambas formas podía escribirlo, era una derivación de Lucy. Y así la llamaba de niña; cuando ella trotaba tras su hermana, que iba de pesca, y hacía ramilletes de flores silvestres que apretaba con largas hierbas a lo que daba vueltas y vueltas y vueltas. Una vez, recordaba Lucy, su hermano la obligó a desenganchar el pez del anzuelo. La sangre la asustó —«Oh», gritó—, ya que las agallas estaban llenas de sangre. Y gruñó: «¡Cindy!». El fantasma de aquella mañana que pasaron en el prado le vino a la memoria mientras devolvía el martillo a su sitio, en otro estante, y cerraba la puerta del armario con el que, para guardar en él los instrumentos de pesca, tan maniático se mostraba él.

—He clavado el cartel en el granero —dijo ella, dándole una palmadita en el hombro a su hermano.

Aquellas palabras fueron como el primer toque de un campanileo de varias campanas. Mientras suena la primera, se oye la segunda; mientras suena la segunda, se oye la tercera. Por eso, cuando Lucy oyó que la señora Swithin decía: «He clavado el cartel en el granero», supo que a continuación diría:

—El cartel del espectáculo al aire libre.

Y que su suegro diría:

—¿Es hoy? ¡Por Júpiter! ¡Lo había olvidado!

—Si hace buen tiempo —prosiguió la señora Swithin—, actuarán en la terraza...

—Y si llueve —prosiguió Bartholomew—, en el granero.

—¿Y qué pasará? —prosiguió la señora Swithin—. ¿Hará buen tiempo o lloverá?

Entonces, por séptima vez, ambos dirigieron la vista a la ventana.

Todos los veranos, durante siete veranos consecutivos, Isa había oído las mismas palabras; palabras sobre el martillo y los clavos, sobre el espectáculo al aire libre y el tiempo. Todos los años se preguntaban si haría buen tiempo o si llovería; todos los veranos ocurría, lo uno o lo otro. La misma campanilla seguía a la misma campanilla, aunque, ese año, bajo aquel sonido, Isa oyó: «La muchacha chilló y golpeó el rostro del soldado con un martillo».

—El pronóstico dice... —dijo el señor Oliver, al tiempo que volvía las páginas hasta encontrarlo—. Vientos variables, temperatura moderada, lluvias ocasionales.

Dejó el periódico y todos miraron el cielo, para ver si el cielo obedecía al meteorólogo. Sin duda, el tiempo era variable. Verde sobre el jardín, gris más allá. En ese instante salió el sol: arrebató con alegría sin límites, abrazando todas las flores, todas las hojas. Luego, se retiró compadeciéndose cubriéndose la cara, como si no quisiera contemplar los sufrimientos humanos. Había cierta debilidad, cierta falta de simetría y orden, en las nubes que adelgazaban y se espesaban. ¿Acaso obedecían a sus propias leyes o no obedecían a ley alguna? Algunas apenas eran mechones de pelo blanco. Una, alta y muy distante, se había endurecido hasta ser de alabastro dorado, hecha de mármol inmortal. Más abajo estaba el azul, el puro azul, el negro azul; el azul que nunca se había filtrado hasta abajo; el azul que se había escapado al registro. Nunca caía como sol, sombra o lluvia sobre el mundo, hacía caso omiso de la coloreada bolita, la Tierra. No caía en flor alguna, ni en campo, ni en jardín.

Los ojos de la señora Swithin se volvieron vidriosos mientras lo miraba. Isa pensó que la mirada de la señora Swithin se había quedado clavada porque allí veía a Dios, a Dios sentado en su trono. Pero cayó una sombra sobre el jardín y, al instante, la señora Swithin se relajó, bajó su fija mirada y dijo:

—Está muy inestable. Me temo que lloverá. Solo nos queda rezar —añadió, y toqueteó el crucifijo que llevaba.

—Y sacar los paraguas —dijo su hermano.

Lucy se sonrojó. Su hermano acababa de atacarla en su fe. Cuando ella dijo «rezar», él añadió «paraguas». Casi cubrió con los dedos la cruz. Se encogió, se acobardó, pero, al instante, ya estaba exclamando:

—¡Miradlos, ahí van! ¡Qué guapos!

El cochecito cruzaba el césped.

Isa también miró. ¡Qué ángel era aquella anciana! ¡Aclamar así la presencia de los niños, atentamente contra aquellas enormidades y contra las irreverencias del anciano con sus manos flacas, sus ojos risueños! ¡Cuán valerosa, al desafiar a Bart y al tiempo!

—Está hermosísimo —dijo la señora Swithin.

—Es increíble cómo crecen —añadió Isa.

—¿Se ha terminado el desayuno? —preguntó la señora Swithin.

—Todo —contestó Isa.

—¿Y la pequeña? ¿No hay indicios de que vaya a tener el sarampión?

Isa negó con la cabeza. Golpeó la mesa, y añadió:

—Toquemos madera.

La señora Swithin se volvió hacia su hermano:

—Dime, Bart, ¿cuál es el origen de esto? ¿De tocar madera? ¿Verdad que Anteo tocaba tierra?

Habría sido, pensó Bart, una mujer muy inteligente, si hubiese mantenido la mirada fija. Pero es

la llevaba a aquello; aquello, a lo de más allá. Lo que le entraba por un oído le salía por el otro.

todos estaban asediados, como suele ocurrir después de los setenta, por una duda constante. La

Lucy era si vivir en Kensington o en Kew. Pero todos los años, al llegar el invierno, no hacía ni lo un

ni lo otro. Se iba a Hastings.

—Toca madera; toca tierra; Anteo —musitó Bart, reuniendo elementos dispersos.

Lemprière contestaría la pregunta; o la Enciclopedia. Pero no estaba en los libros la respuesta

aquella pregunta: ¿por qué, en la cabeza de Lucy, de forma tan parecida a la suya, había un ser al qu

cabía dirigir rezos? Bart suponía que su hermana no dotaba a dicho ser de pelo, dientes y uñas. Ant

bien, se trataba, suponía, de una fuerza o de un resplandor que dominaba el tordo y el gusano,

tulipán y el perro, y también a él, un anciano de venas hinchadas. Ese ser la sacaba de la cama en l

frías mañanas invernales y la mandaba a lo largo de la senda embarrada a rendirle culto a él, cuy

portavoz era Streatfield. Un buen tipo, que fumaba cigarros en la sacristía. Necesitaba un poco

consuelo, después de prodigar sus sermones a ancianos asmáticos, de reparar perpetuamente

perpetuamente ruinoso campanario mediante carteles de madera sujetos con clavos en los granero

Estaba pensando que el amor que esa gente debiera dar a la carne y a la sangre lo daba a la Iglesia.

cuando Lucy, golpeando la mesa con los dedos, dijo:

—¿Cuál es el origen, el origen, de esto?

—La superstición —dijo Bart.

Lucy se sonrojó y el leve respingo que dio en el instante en que sintió que él atacaba su fe una v

más fue audible. Pero eran hermanos y la carne y la sangre no suponían una barrera, sino una neblin

Nada alteraba su cariño, ni las discusiones, ni los hechos, ni la verdad. Lo que ella veía no lo veía é

lo que él veía ella no, y así *ad infinitum*.

—Cindy —gruñó Bart.

Y la pelea terminó.

El granero en el que Lucy había clavado su cartel era una gran construcción que se alzaba en el corra

Era tan antiguo como la iglesia y había sido construido con la misma piedra, aunque no ten

campanario. Se erigía sobre conos de piedra gris, en las esquinas, como protección contra las ratas y

humedad. Quienes habían estado en Grecia decían que les recordaba un templo. Quienes no habían estado en Grecia —la mayoría— también lo admiraban. El tejado era de color rojo anaranjado envejecido por la intemperie; y su interior formaba una nave vacía, atravesada por el sol, marrón, color a grano, oscura cuando las puertas estaban cerradas, aunque espléndidamente iluminada cuando las puertas, en un extremo, habían sido abiertas, lo que ocurría para permitir la entrada de los carros largos y bajos, como buques en la mar, surcando el grano, que no el mar, cuando regresaban al anochecer cargados de espigas. En los caminos quedaban rastros de paja, después de pasar los carros.

Ahora habían colocado bancos en el interior del granero. Si llovía, los actores actuarían en el granero. En uno de los extremos habían levantado, con planchas de madera, un estrado que serviría como escenario. Tanto si llovía como si hacía buen tiempo, el público tomaría allí el té. Los muchachos —Jim, Iris, David, Jessica— ya estaban colocando guirnaldas de rosas de papel, rojas y blancas, restos del día de la Coronación. Las semillas y el polvo de los sacos les hacían estornudar. Iris se había puesto un pañuelo en la cabeza, que le cubría la frente; Jessica llevaba pantalones de montar. Los muchachos trabajaban en mangas de camisa. Pálidas briznas se les habían enredado en el pelo, y era fácil clavarse astillas en los dedos.

La «Vieja Flimsy» (mote de la señora Swithin) había clavado otro cartel en el granero. El primero se lo había llevado el viento; o quizá el tonto del pueblo, que siempre arrancaba cuanto estaba clavado. Era el culpable, y ahora se reía por lo del cartel, sentado a la sombra de una mata. Los muchachos también se reían, como si la vieja Swithin hubiera dejado tras de sí una estela de risas. La anciana señora con un mechón de blanco cabello al viento, calzada con zapatos abultados como si tuviera garras con callos como los canarios, y con medias negras arrugadas en los tobillos, inducía a David a guiñar un ojo con toda naturalidad, guiño que Jessica devolvía, al entregarle una tira de rosas de papel. Eran muy suyos aquellos muchachos; tanto tiempo llevaban radicados en aquel rincón del mundo que mostraban la indeleble impronta de trescientos años, más o menos, de consuetudinario comportamiento. Por eso se reían; pero con respeto. Si la señora Swithin lucía perlas, eran perlas.

—La Vieja Flimsy nos ha pillado —dijo David.

La señora Swithin entraría y saldría unas veinte veces más, y, por fin, les ofrecería limonada en una gran jarra y una bandeja de sándwiches. Jessie sostenía la guirnalda, David la clavaba a martillazos. Una gallina extraviada entró; ante la puerta pasó una fila de vacas; después un perro pastor; después un vaquero, Bond, que se detuvo a curiosear.

Contempló a los muchachos colgando las rosas de viga en viga. En muy poco tenía Bond a la gente de villanos o señores. Silencioso y sardónico, apoyado en el quicio de la puerta, parecía un saúco agostado, arqueado sobre un arroyo, desprendidas todas sus hojas, y en sus ojos el caprichoso discurso de las aguas.

—¡Jai-ju! —exclamó de repente.

Era lenguaje de vacas, al parecer, puesto que la vaca manchada que había asomado la cabeza por la puerta bajó la cornamenta, se azotó el flanco con el rabo y se fue. Bond la siguió después.

—Este es el problema —dijo la señora Swithin.

Mientras el señor Oliver consultaba la Enciclopedia, buscando, bajo la entrada «superstición», origen de la expresión «tocar madera», la señora Swithin e Isa hablaban de pescado: se preguntaban si, después de haber sido transportado desde tan lejos, estaría fresco o no.

Se hallaban muy lejos del mar. A ciento cincuenta kilómetros, dijo la señora Swithin; no, quizá doscientos cincuenta.

—Pero dicen que aquí, en las noches silenciosas, se pueden oír las olas del mar. Después de una tormenta, dicen, se puede oír la ola al romper... Me gusta aquella historia —añadió con tono reflexivo—. Mientras oía el batir de las olas en mitad de la noche, ensilló el caballo y cabalgó hacia el mar. Bart, ¿quién fue el que cabalgó hacia el mar?

Bart leía.

—No podemos esperar que nos lo traigan a casa en un cubo lleno de agua —dijo la señora Swithin—, como se hacía, creo recordar, cuando éramos niños y vivíamos en una casa junto al mar. Langostas, recién cogidas del criadero. ¡Y cómo pellizcaban con las patas el palo que la cocinera le ofrecía! Y salmón. Se sabe si el salmón es fresco porque tiene piojos bajo las escamas.

Bartholomew asintió en silencio. Era cierto. Recordaba aquella casa junto al mar. Y las langostas.

Llegaban bolsas de red repletas de pescado; pero Isa estaba contemplando el jardín, variable tal como había dicho el boletín meteorológico, agitado por la leve brisa. Los niños pasaron de nuevo, Isa golpeó la ventana y les lanzó un beso. En el zumbido del jardín no lo oyeron.

—¿Realmente estamos a ciento cincuenta kilómetros del mar? —preguntó Isa dando media vuelta.

—Solo a cincuenta —contestó su suegro, como si se hubiera sacado del bolsillo una cinta métrica y lo hubiera medido con toda exactitud.

—Pues parece más —dijo Isa—. Desde la terraza se tiene la impresión de que la tierra no se acaba nunca, nunca, nunca.

—En otros tiempos no había mar —dijo la señora Swithin—. No había mar entre nosotros y el continente. Lo he leído esta mañana en un libro. Había rododendros en el Strand, y mamuts en Piccadilly.

—Sí, cuando éramos salvajes —dijo Isa.

Entonces lo recordó; su dentista le había dicho que los salvajes sabían efectuar mentalmente operaciones muy complicadas. Los salvajes llevaban dientes postizos, le había dicho el dentista. Los dientes postizos, creía Isa que había dicho el dentista, fueron inventados en tiempos de los faraones.

—Por lo menos, eso es lo que el dentista me dijo —concluyó.

—¿A qué dentista vas ahora? —le preguntó la señora Swithin.

—A los dos de siempre; Batty y Bates, de Sloane Street.

—¿Y el señor Batty te ha dicho que en la época de los faraones ya usaban dientes postizos? —dijo la señora Swithin, reflexiva.

—¿Batty? No, Batty no. Bates —la corrigió Isa.

Batty, recordó Isa, solo hablaba de familias reales. Batty, dijo Isa a la señora Swithin, tenía un paciente que era princesa.

—Y por eso me tuvo esperando más de una hora. Y, siendo niño, ya sabes lo larga que es una hora.

—Los matrimonios entre primos no pueden ser buenos para los dientes —dijo la señora Swithin.

Bart se metió el dedo en la boca y, de entre los labios, proyectó fuera los dientes superiores. Era postizos. Sin embargo, remarcó, los Oliver no se habían casado entre primos. Los Oliver no podían recomponer su árbol genealógico más allá de doscientos o trescientos años. Pero los Swithin, sí. Los Swithin procedían de los tiempos antes de la Conquista.

—Los Swithin... —empezó a decir la señora Swithin.

Pero se detuvo. Bart haría otro chistecito acerca de los santos, si le daba la oportunidad. Y la señora Swithin ya había sido víctima de dos chistes: uno acerca de un paraguas; otro acerca de superstición.

Así pues, la señora Swithin se interrumpió y dijo:

—¿Cómo ha empezado esta conversación? —Contó con los dedos—: Faraones. Dentista. Pescado... Oh, sí, sí, tú, Isa, has dicho que habías comprado pescado, y que temías que no fuera fresco. Y yo he dicho: «Ese es el problema...».

El pescado había llegado. El chico de Mitchell, sosteniéndolo bajo el brazo, saltó de la motocicleta. No había tiempo para dar terrones de azúcar al caballo delante de la puerta de la cocina, ni tampoco para chismorrear, pues le habían alargado la ruta de reparto. Tenía que hacer otra entrega de pescado al otro lado de la colina, en Bickley; y también dar un rodeo por Waythorn, Roddam y Pyeminstee, nombres que, al igual que el suyo, constaban en el registro catastral. Pero la cocinera —la señora Sands, Trixie para los viejos amigos—, a sus cincuenta años, jamás había estado al otro lado de la colina, y tampoco quería ir.

El chico dejó sobre la mesa de la cocina los filetes de lenguado, el pescado semitransparente y sin espina. Y, antes de que la señora Sands tuviera tiempo de sacarlo del papel, el chico de Mitchell ya se había ido, después de dar una palmadita al hermoso gato pelirrojo que, tras alzarse majestuosamente, había saltado de la silla de rafia y había avanzado con suma elegancia hacia la mesa, al olisquear el pescado.

¿No despedía un poco de tufillo? La señora Sands se lo acercó a la nariz. El gato se frotaba l

flancos, ahora un lado ahora otro, contra las patas de la mesa, contra las piernas de la señora Sands. La señora Sands le daría un trozo a Sunny —Sung-Yen, el nombre con que llamaban al gato en el salón, se había transformado en Sunny, en la cocina—. La señora Sands, acompañada por el gato, llevó el pescado a la despensa y lo dejó en una bandeja, en aquel cuarto semieclesiástico. Sí, aquella casa, antes de la Reforma, como muchas otras de los alrededores, tenía capilla; y la capilla se había transformado en despensa, al igual que había cambiado el nombre del gato, al cambiar la religión. El señor (así lo llamaban en el salón; en la cocina lo llamaban Bartie) solía llevar a otros caballeros a visitar la despensa, casi siempre cuando la cocinera no iba bien vestida. Y no los llevaba allí para que vieran los jamones colgados en ganchos, ni la mantequilla en el cuenco azul, ni la carne de la cena del día siguiente, sino la bodega que se abría al fondo de la despensa y su arco labrado. Si se golpeaba uno de los caballeros siempre llevaba un martillo— sonaba a hueco; resonaba; sin duda alguna, decía el señor, había un túnel oculto donde alguien se había escondido en alguna ocasión. Podía ser. Pero la señora Sands le habría gustado que los caballeros no entraran en la cocina ni contaran aquellas historias en presencia de las muchachas. Les metían ideas en sus locas cabezas. Oían a muertos haciendo rodar barriles. Veían a una dama blanca caminando bajo las copas de los árboles. Ni una de ellas cruzaba la terraza después del anochecer. Y si un gato estornudaba: «¡El fantasma!».

Sunny recibió su trocito de filete de lenguado. Después la señora Sands cogió un huevo del cesto marrón repleto de huevos; algunos tenían plumón amarillo pegado a la cáscara; después cogió un pellizco de harina para esparcirlo sobre las semitransparentes porciones; y un mendrugo del gran cuenco de barro cocido lleno de mendrugos. A continuación, tras regresar a la cocina, ejecutó aquellos rápidos movimientos consistentes en quitar la ceniza del fogón, con una pala, y volverlo a cargar, que provocaban extraños ecos en toda la casa, de manera que, en la biblioteca, en la sala de estar, en el comedor y en el cuarto de los niños, independientemente de lo que hicieran, pensaran o hablaran quienes estaban allí, todos sabían que se estaba preparando el desayuno, el almuerzo o la cena.

—Los sándwiches —dijo la señora Swithin al entrar en la cocina.

Y se abstuvo de añadir la palabra «Sands» a «sándwiches», debido a que Sands y sándwiches se daban bofetadas. «Nunca bromees con los apellidos de las personas», solía decir su madre. Y Trixie no era un nombre que casara, como tampoco lo hacía Sands, con la delgada y mordaz mujer, pelirroja, activa y limpia, que nunca guisaba obras maestras, era cierto; pero que, justo es decirlo, jamás permitía que se le cayera una horquilla del pelo en la sopa. «¡Vive Dios!», había exclamado Bartie mostrando una horquilla en la cuchara, antaño, hacía quince años, antes de que Sands tomara posesión de su cargo, en la época de Jessie Pook.

La señora Sands cogió pan; la señora Swithin, jamón. Una cortó pan; la otra, jamón. Era tranquilizador, era solidario, aquel trabajo manual hecho en común. Las manos de la cocinera cortaban, cortaban, cortaban. Mientras Lucy, contemplando la hogaza, mantenía el cuchillo en alto, preguntó por qué el pan del día anterior se corta más fácilmente que el pan tierno. Y así fue saltando

de un tema a otro y pasó de la levadura al alcohol; a la fermentación; a la embriaguez; a Baco; y yacer bajo la luz purpúrea, en un viñedo en Italia, como había hecho en tantas ocasiones. Y entretanto la señora Sands oía el tictac del reloj; veía al gato; percibía el zumbido de una mosca; y sentía, como reflejaban sus labios, un rencor, que no debía expresar contra quienes se dedicaban a trabajar en la cocina mientras los demás se divertían de lo lindo colgando rosas de papel en el granero.

—¿Hará buen tiempo? —preguntó la señora Swithin, con el cuchillo en el aire.

En la cocina, solían seguirle la corriente a la señora Swithin.

—Eso parece —repuso la señora Sands, lanzando una penetrante mirada al exterior por la ventanilla de la cocina.

—No fue así el año pasado —dijo la señora Swithin—. ¿Recuerda que, cuando se puso a llover, tuvimos que entrar a toda prisa las sillas?

Volvió a cortar. Luego preguntó por Billy, el sobrino de la señora Sands, aprendiz del carnicero.

—Se dedica a hacer algo que los muchachos de su edad no deben hacer —dijo la señora Sands— contestar al amo.

—Bueno, eso no está mal —dijo la señora Swithin, en parte refiriéndose al muchacho y en parte al sándwich, que había quedado muy bien, perfectamente cortado, triangular—. El señor Giles quiere que llegue tarde —añadió, colocando, satisfecha, el sándwich en lo alto de la pila.

Ya que el marido de Isa, el corredor de Bolsa, llegaba de Londres. Y el tren de cercanías, que conectaba con el expreso, no llegaba con puntualidad, ni mucho menos, ni siquiera en el caso de que Giles cogiera el tren de primera hora, lo cual no era seguro. Y eso significaba..., pero lo que significaba para la señora Sands que la gente perdiera el tren y que ella, prescindiendo de lo que quisiera hacer, tuviese que esperar, junto a la cocina, manteniendo la carne caliente, nadie lo sabía.

—¡Ya está! —dijo la señora Swithin examinando los sándwiches, unos bien cortados y otros no. Luego voy a llevar al granero.

En cuanto a la limonada, la señora Swithin suponía, sin el menor asomo de duda, que Jane, ayudante de la cocinera, la seguiría con ella.

Candish se detuvo en el comedor para recolocar una rosa amarilla. Amarillas, blancas y rojo clavel así le gustaban. Le encantaban las flores, así como arreglarlas, colocando la espada verde o una hoja en forma de corazón que mejor quedara entre ellas. Sorprendentemente, le gustaban las flores teniendo en cuenta su afición a la bebida y al juego. Aquí iba la rosa amarilla. Ahora todo estaba preparado: la plata y la vajilla, los tenedores, las servilletas y, en medio, el cuenco con las rosas multicolor. Así que, después de echar el último vistazo, salió del comedor.

Frente a la ventana colgaban cuadros. En la vida real no se conocieron, la alta dama y el hombre que llevaba el caballo de la brida. La dama era un cuadro que Oliver compró porque le gustó; el hombre

era un antepasado. Tenía nombre. Sostenía la brida en la mano. Le había dicho al pintor:

—Si quiere hacer mi retrato, manos a la obra, hágalo mientras haya hojas en los árboles.

Y había hojas en los árboles.

—¿Cabe también Colin, además de Buster? —había preguntado.

Colin era su famoso perro de caza. Pero solo había Buster. Y el antepasado parecía querer decirse dirigíendose a los presentes, y no al pintor, que era una verdadera lástima el haber dejado fuera del cuadro a Colin, al Colin que el antepasado ordenó fuera enterrado a sus pies, en la misma tumba, hacia el año 1750; pero aquel desdichado, el reverendo Nosecuántos, no lo permitió.

Era un charlatán, aquel antepasado. Pero la dama era un retrato. Con su túnica amarilla, inclinada y apoyada en una columna, una flecha de plata en la mano y una pluma en el cabello, dirigía la mirada del espectador hacia arriba, hacia abajo, de lo curvo a lo recto, por espesuras de verdor y matices plateados, pardo y rosa, hasta llegar al silencio. La estancia se hallaba vacía.

Vacía, vacía, vacía; silencio, silencio, silencio. La estancia era una caracola, cantando lo que había antes del tiempo; en el corazón de la casa había un jarrón de alabastro, suave y liso, frío, conteniendo la quieta y destilada esencia del vacío, del silencio.

Más allá del vestíbulo se abrió una puerta. Una voz, otra voz y una tercera voz llegaron gruñendo y gorjeando; adusta la voz de Bart; temblorosa la voz de Lucy; en tono medio, la voz de Isa. Sus voces impetuosas, impacientes, protestando, cruzaron el vestíbulo, diciendo: «El tren llegará con retraso»; diciendo: «Que no se enfríe»; diciendo: «No, Candish, no, no esperaremos».

Después de salir de la biblioteca, las voces se detuvieron en el vestíbulo. Evidentemente, habían encontrado un obstáculo, una roca. ¿Acaso era absolutamente imposible, incluso en pleno campo, estar solos? Esa era la primera impresión que se tenía. Después, la roca fue rápidamente rodeada, abrazada. Era doloroso, era esencial. Debe haber sociedad. Al salir de la biblioteca fue doloroso, pero agradable toparse con la señora Manresa y un joven desconocido con el cabello del color de la estopa y la cara contrahecha. No había escapatoria posible; el encuentro era inevitable. Sin haber sido invitados, sin que se les esperara, dejándose caer, inducidos a abandonar la carretera real por el mismo instinto que los lleva a los corderos y a las vacas el deseo de proximidad, allí estaban. Pero habían llegado con el almuerzo en una cesta. Ahí estaba.

—Cuando hemos visto el nombre en el poste indicador no hemos podido resistir la tentación —dijo la señora Manresa con su voz sonora y aflautada— Os presento a un amigo—, William Dodge. Íbamos a almorzar solos en pleno campo. Y yo he dicho, al ver el poste: «¿Por qué no pedimos hospitalidad a nuestros queridos amigos?». Un lugar en la mesa, eso es cuanto queremos. Traemos nuestra comida. Tenemos nuestros vasos. Solo pedimos...

Trato social, al parecer, estar con gente de su propia clase.

Y la señora Manresa agitó la mano sobre la que había un guante y bajo el guante parecía haber anillos en opinión del anciano señor Oliver.

El anciano señor Oliver se inclinó mucho sobre la mano de la señora Manresa; un siglo atrás, se habría besado. Y en ese ruido de bienvenida, de protestas, de disculpas y otra vez de bienvenida había un elemento de silencio, procedente de Isabella, que observaba al joven desconocido. Se trataba sin duda de un caballero; los calcetines y los pantalones así lo atestiguaban; inteligente —corbata de lunares, chaleco desabrochado; urbano y profesional, es decir, del color de la masilla, poco saludable— muy nervioso, puesto que aquella súbita presentación le había tensando las facciones, e infernalmente orgulloso, ya que, a pesar de ser su acompañante, censuraba la efusión de la señora Manresa.

Isa se sentía contrariada, pero también curiosa. Para redondear, la señora Manresa añadió:
—Es un artista.

Y William Dodge la corrigió:

—Soy escribano en una oficina.

Aunque a Isa le pareció entender Educación o Somerset House. Y en ese momento Isa advirtió con toda claridad, como si hubiera puesto en él la punta del dedo índice, aquel nudo tan prieto, tanto que casi producía bizquera y, desde luego, espasmos en la cara de William Dodge.

Entonces entraron para comer, y la señora Manresa empezó a burbujear, gozando de su capacidad para superar, sin un pestañeo, aquella pequeña crisis social, aquel tener que disponer dos lugares más a la mesa. Ya que ¿acaso la señora Manresa no tenía plena fe en la carne y en la sangre? Y qué gran tontería es dar importancia a nimiedades, cuando todos somos carne y sangre bajo la piel, todos los hombres, y también mujeres. Pero la señora Manresa prefería a los hombres, por supuesto.

—¿Y para qué sirven, si no, sus anillos, sus uñas, y ese sombrerito de paja tan encantador? —preguntó Isabella dirigiéndose en silencio a la señora Manresa, logrando así que el silencio participara de manera inconfundible en el coloquio. Su sombrero, sus anillos, sus uñas rojas como rosas, lisas como conchas, allí estaban, a la vista de todos. Pero no la historia de su vida. Su historia era fragmentos y datos sueltos para todos los presentes, salvo, quizá, para William Dodge, a quien la señora Manresa llamaba públicamente «Bill» (quizá una señal de que él sabía más que ellos), aunque todos supieran que la señora Manresa se paseaba por el jardín a medianoche en pijama de seda, tenía un gramófono en el que sonaba jazz y una barra para prepararse cócteles. Pero nada realmente personal; no los estrictos datos biográficos.

Había nacido, aunque solo eran rumores, en Tasmania: su abuelo había sido exportado debido a algún que otro asunto turbio en plena época victoriana. ¿Malversación de fondos, quizá? Pero aquí, en este relato, la única vez que Isabella lo había escuchado, no pasó más allá de «exportado», pues el marido de aquella comunicativa dama —la señora Blencowe de la Grange— puso con pedantería objeción al empleo de «exportado», diciendo que «expatriado» quizá fuera una palabra más adecuada, si bien tampoco era la correcta, que tenía en la punta de la lengua, aunque no conseguía decirla. Y así se d

por terminado el relato. A veces, la señora Manresa hacía referencia a un tío obispo. Pero se decía que solo fue obispo en las colonias. En las colonias olvidaban y perdonaban muy fácilmente. También se decía que los diamantes y los rubíes de la señora Manresa habían sido extraídos de la tierra, con sus propias manos, por un «marido» que no era Ralph Manresa. Ralph, un judío que medró hasta llegar a ser la encarnación y esencia del caballero terrateniente, pudo poner a disposición de la señora Manresa, como directivo de distintas empresas en la City —aquello era cierto—, toneladas de dinero. Pero hallándose Jorge VI en el trono, ¿acaso no era anticuado, sórdido, olía a pieles apolilladas, a cornetines, camafeos y papel de correspondencia con ribetes negros, preocuparse de averiguar el pasado de nadie?

Mirando a Candish como si fuera un hombre de veras, no un hombre disecado, la señora Manresa dijo:

—Lo único que necesito es un sacacorchos.

Tenía una botella de champán, pero no sacacorchos.

La señora Manresa dobló el dedo pulgar, dispuesta a abrir la botella, y prosiguió:

—Fíjate en los cuadros, Bill. Ya te dije que aquí lo pasarías en grande.

Era vulgar en sus ademanes, vulgar toda ella, demasiado sexual y demasiado arreglada para una comida campestre. Sin embargo, tenía una cualidad envidiable o, por lo menos, valiosa: todos pensaban, tan directamente hablaba la señora Manresa, «Ella lo ha dicho, ella lo ha hecho, no yo», así se aprovechaban de la infracción de las normas del decoro, del soplo de aire fresco, para ir tras ella, como delfines saltarines siguiendo la estela de un rompehielos. ¿Acaso no había devuelto al viejo Bartholomew sus islas de especias, su juventud?

Y, entonces, comiéndose con los ojos a Bart, la señora Manresa prosiguió:

—Le he dicho a Bill que no prestaría atención a nuestras cosas —de las que tenían montones de montones—, después de ver las de ustedes. Y le he prometido que usted le mostraría el... el...

En ese momento, la espuma del champán saltó, y la señora Manresa insistió en llenar primero la copa de Bart. Luego, siguió:

—¿Qué es eso con lo que todos ustedes, los cultos caballeros, andan enloquecidos? ¿Un arco normando? ¿Sajón? ¿Quién es el último que dejó la escuela? ¿La señora Giles?

Y entonces se comió con la mirada a Isabella, rejuveneciéndola al hacerlo. Pero la señora Manresa siempre que se dirigía a mujeres, velaba la mirada, ya que, por ser también conspiradoras, adivinaban los pensamientos.

De esta manera, golpe a golpe, con champán y miradas, dejó bien sentada su reivindicación de ser una salvaje hija de la naturaleza, que se había refugiado en este —esbozó una misteriosa sonrisa— abrigado puerto; lo cual la hacía sonreír, después de Londres, pero con aquella sonrisa también retaba a Londres. Y, a continuación, la señora Manresa les ofreció una muestra de su modo de vida, unos toques de chismorreos; puras tonterías; pero tampoco pretendía que fueran otra cosa; les contó que

martes anterior se había sentado al lado de tal y cual; y añadió, sin darle importancia, un nombre de pila; y un sobrenombre, y ese señor le dijo —ya que, por ser ella persona sin importancia, no paraba mientes en lo que le decían—, y «que quede entre nosotros, no hace falta decirlo», y la señora Manresa les contó lo que le habían dicho. Y todos aguzaron el oído. Y luego, con un ademán como si arrojara por la borda —así— aquella odiosa y corrompida vida londinense, la señora Manresa dijo:

—¡Adiós, muy buenas...! ¿Y saben qué es lo primero que hice en cuanto llegué aquí?

Habían llegado la noche anterior, después de recorrer en automóvil las carreteras de junio, ella y Bill solamente, claro está, dejando Londres, bruscamente transformado en una capital disoluta y sucia a la hora de cenar.

—¿Y saben qué hice? ¿Puedo contarlo? ¿Está permitido, señora Swithin? Sí, en esta casa todo puede contarse. Pues me quité el corsé —con las manos se oprimió los flancos: era oronda— y me revolqué sobre el césped. Me revolqué, ¿se lo imaginan...?

Y se carcajeó sin miramiento. Había dejado de preocuparse por conservar la compostura y con ello había ganado libertad.

«Esto es sincero», pensó Isa. Muy sincero. Y su amor por el campo, también. A menudo, cuando Ralph Manresa tenía que quedarse en la ciudad, la señora Manresa aparecía sola; se tocaba con un viejo sombrero de jardín; y no enseñaba a las mujeres del pueblo la manera de hacer conservas, sino el arte de tejer frívolos cestos de paja de colores. Lo que quieren es divertirse, decía la señora Manresa. Y a menudo, si uno la llamaba, contestaba cantando a la tirolesa entre las malvas:

—Joiti ti doity ti rei du...

Una persona como Dios manda. Conseguía que el viejo Bart se sintiera joven. El viejo Bart, con un rabillo del ojo, al alzar la copa, vio un blanco destello en el jardín. Pasaba alguien.

La criada encargada de la vajilla, antes de emprenderla con los platos, se refrescó las mejillas en el estanque de los nenúfares.

Siempre había habido nenúfares allí, nacidos de semillas sembradas por el viento, flotaban rojos y blancos sobre las verdes bandejas de las hojas. El agua, durante siglos y siglos, había afluido a aquella hondonada y allí permanecía estancada, con una profundidad de metro y medio, sobre el negro almohadón de lodo. Bajo la gruesa capa de agua verde, vidriados en su egocéntrico mundo, nadaban los peces, dorados, con manchas blancas o rayas negras o plateadas. En silencio, evolucionaban en el mundo acuático, se detenían en la mancha azul creada por el cielo y se lanzaban silenciosos hacia la orilla, donde la hierba, temblorosa, formaba una orla de sombras que hacían reverencias. En la superficie del agua, las arañas dejaban impresa la huella de sus delicadas patas. Cayó un grano de polvo, descendió en espiral en el agua; cayó un pétalo, se llenó y se hundió. Con ello, la escuadra de cuerpos en forma de buque se detuvo; quietos, preparados; cargados; luego, tras un latigazo ondulado,

alejaron como un fognazo.

Fue en ese centro profundo, en ese negro corazón, donde la dama se ahogó. Diez años después dragó la laguna y recuperaron un fémur. Pero resultó ser de carnero, no de dama. Y los carneros no tienen fantasmas porque no tienen alma. Pero, insistían las criadas, forzosamente debían de tener un fantasma; el fantasma debía de ser de dama; de la dama que se arrojó al estanque por amor. Por eso las criadas no pasaban junto al estanque por la noche, solo lo hacían cuando lucía el sol y los señores estaban aún sentados a la mesa.

El pétalo se hundió; la criada regresó a la cocina; Bartholomew bebió un sorbito de vino. Se sentía tan feliz como un muchacho; pero tan insensato como un anciano; una insólita y agradable sensación. Rebuscando por su cabeza algo que contar a la adorable señora, escogió lo que más a mano tenía; la historia del hueso de carnero.

—Los sirvientes deben de tener su fantasma —dijo.

Las criadas deben de tener su dama ahogada.

—¡También yo debo de tenerla! —exclamó la señora Manresa, la salvaje hija de la naturaleza. De repente, se puso solemne como una lechuza. Le constaba, dijo, pegando un pellizco al pan para dar mayor énfasis a sus palabras, que a Ralph, cuando estaba en la guerra, no podían haberlo matado sino que ella lo viera. Agitando las manos, de tal modo que el sol arrancó destellos a los diamantes, añadió: —Fuera cual fuese el lugar en que me encontrara e hiciera lo que hiciese.

—No, yo no soy así —dijo la señora Swithin, negando con la cabeza.

—No. —La señora Manresa se echó a reír—. Usted no es así. Ninguno de ustedes es así. Yo estoy a la misma altura que... —esperó a que Candish se fuera— los criados. No he madurado tanto como ustedes.

Y se pavoneó, contenta de su adolescencia. ¿Con razón o sin ella? Burbujeante, un chorro de sentimiento ascendió desde el barro. Los otros habían cubierto el barro con mármol. Para ellos, los huesos de carnero eran huesos de carnero, no restos de la ahogada lady Ermytrude.

—¿Y a qué bando pertenece usted? —preguntó Bartolomew, dirigiéndose al invitado desconocido—. ¿Al de los maduros o al de los inmaduros?

Isabella abrió la boca, con la esperanza de que Dodge abriera la suya, a fin de poder clasificarla. Pero Dodge siguió quieto, fija la mirada.

—¿Perdón, señor? —dijo, y todos le miraron—. Estaba contemplando los cuadros.

El cuadro no miraba a nadie. El cuadro los llevó por los senderos del silencio.

Lucy lo rompió.

—Voy a pedirle un favor, señora Manresa. Esta tarde, si se da la ocasión, ¿cantará usted?

¿Esa tarde? La señora Manresa se mostró horrorizada. ¿Ya era el día de la representación? No

- [To Say Nothing of the Dog \(Oxford Time Travel, Book 2\) online](#)
- [The Dictionary of Magic & Mystery online](#)
- [read A Modest Proposal and Other Writings pdf](#)
- [read Mother and Me: Escape from Warsaw 1939 pdf](#)
- [read online **The Quiet War \(The Quiet War, Book 1\)**](#)

- <http://dadhoc.com/lib/Topics-in-Structural-Graph-Theory--Encyclopedia-of-Mathematics-and-Its-Applications-Series--Volume-147-.pdf>
- <http://cambridgebrass.com/?freebooks/On-the-Tip-of-My-Tongue--Questions--Facts--Curiosities-and-Games-of-a-Quizzical-Nature.pdf>
- <http://jaythebody.com/freebooks/The-Nibelungenlied--The-Lay-of-the-Nibelungs--Oxford-World-s-Classics-.pdf>
- <http://damianfoster.com/books/My-Turn--Hillary-Clinton-Targets-the-Presidency.pdf>
- <http://www.1973vision.com/?library/The-Quiet-War--The-Quiet-War--Book-1-.pdf>